Prólogo

Recuerdo la cara que puso uno de mis colegas cuando le anuncié que estaba escribiendo un libro sobre sentido común. Era, más o menos, la misma expresión que uno pondría si al abrir una botella de vino viera salir volando de su interior una grácil mariposa:

–Pero si tú nunca has tenido sentido común.

Y es verdad. No voy a entrar en detalles, pero debo reconocer que a lo largo de mi vida más bien me he caracterizado por una marcada tendencia a lo inusual, por no decir a lo bizarro: un comportamiento maniático, unos gustos insólitos, una indescifrable personalidad y siempre las decisiones menos prácticas, más imprudentes, menos razonables. Hasta entre los filósofos hago un poco de bicho raro, ¡y mira que hay tipos raros en mi profesión! Y ya que hablo de mi profesión, tengo que admitir, mejor que lo haga pronto, que mis propuestas filosóficas no se han distinguido precisamente por el respeto a las sanas directrices del sentido común. Sirva como botón de muestra mi tesis doctoral, donde bajo el hermético título de *Similaridad Intermundana* pretendía construir un algoritmo para ordenar universos alternativos según su parecido con el mundo real. Toma ya.

Y entonces, ¿de dónde viene este súbito interés por el sentido común? Bueno, no voy a ponerme a hacer un psicoanálisis ahora (ya es bastante feo empezar un libro de filosofía hablando de sí mismo como para encima regodearse en ello, y por otro lado no tendría ningún interés para el lector, pues mis rarezas son del tipo común), pero voy a dar, por el gusto de darlas, dos explicaciones.

La primera recurre al viejo adagio que dice que uno se siente atraído por sus opuestos, que es un corolario de aquel otro que dice que uno

siempre desea lo que no tiene (que a su vez puede verse como un corolario de la Ley de Murphy, que a su vez puede verse como un corolario del segundo principio de la Termodinámica, que a su vez puede verse como un corolario del unamuniano sentimiento trágico de la vida, pero no procederé ahora a su deducción para no parecer más rarito de lo que ya soy). Y en efecto, debo confesar que la «normalidad» en toda su extensión y más en la pureza sin excipientes que exhibe el sentido común ejerce sobre mí una fascinante atracción no exenta, también lo confesaré, de un vago temor. Como en esas películas de terror psicológico en las que la tensión se acumula por el simple expediente de mostrar las cosas corrientes en los lugares corrientes (el despertador, la ducha, el café con leche, el autobús, la oficina…), la normalidad en altas dosis resulta para mí más espeluznante que Boris Karloff mutando en hombre lobo y devorando a Caperucita. Y no pienso que me pase solo a mí. No gritamos de pánico, ni huimos corriendo, pero hay algo de numinoso, de ominosamente enigmático en esos modos en que trascurren normalmente las cosas por la única razón de que esos son los modos en que normalmente las cosas ocurren.

La segunda explicación es, seguramente, más prosaica, pero también más profunda. Llanamente, me voy haciendo viejo. Dicen que cuando uno se hace «mayor» valora más las cosas que de verdad importan, pero no es eso a lo que me refiero (aunque sí, el sentido común sí importa), sino otra cosa que dicen que pasa cuando uno se hace mayor: se vuelve más cínico. Cínico, que es una manera despectiva de describir que uno se hace lo suficientemente despreocupado por el qué dirán como para reconocer lo que de verdad importa aunque duela, joda o huela mal. Así que supongo que durante alguna de mis desabridas meditaciones otoñales he acabado reconociéndome a mí mismo que en todos estos años solo he podido dedicarme a volar despreocupadamente por los cielos de la especulación libre (mentes sin cuerpo, formas sin materia, conceptos sin palabras) gracias a que en todo momento contaba, allá abajo, con la tierra firme de las certezas cotidianas dispuesta a dar sostén a mi fatigado cuerpo (el sueño repara, el agua moja, la gente recuerda). Así que ya le tocaba el turno a esa vieja matrona del pensamiento, esa Pachamama de las ideas que es el sentido común. Se me hacía necesario para saldar cuentas con-

migo mismo observar de cerca su comportamiento, asistir a su día a día, indagar su procedencia, averiguar el medio que le permite subsistir igual a sí misma por debajo del caudal de ideas rompedoras, geniales y audaces que protagonizan la historia oficial del progreso humano.

Este libro es un modesto intento de hacer filosofía desde y para el sentido común. Si, como explicaré en el propio libro, el sentido común está compuesto fundamentalmente por las creencias y pautas de conducta que a la vez compartimos y nos interesan a todos, entonces lo anterior quiere decir, simple y llanamente, que este libro es un intento de hacer filosofía desde y para todos. Desde todos, o mejor, desde lo que todos ya sabemos, porque las evidencias con las que juego (las premisas de las que parto) son esas certezas cotidianas por todos sabidas, y no sesudas teorías científicas, lógicas o filosóficas. Es, por eso mismo, un proyecto de filosofía exotérica, es decir, de un discurso accesible a todo el mundo, para el que no se requiere ningún conocimiento previo de dialéctica trascendental, física cuántica o álgebra universal. Pero es, por eso mismo y sobre todo, una filosofía para todos los públicos, porque lidia no con puros problemas teóricos sino todo lo contrario, con problemas concretos y muy reales con los que tarde o temprano nos topamos todos en nuestra biografía. Problemas filosóficos sí, problemas de comprensión si se quiere, pero que atribulan al ciudadano corriente y moliente, al sencillo viandante que se mueve sin despegar nunca a la vez ambos pies del suelo.

Filosofía de Sentido Común, Filosofía Popular, Filosofía Concreta, Filosofía de a pie, Filosofía Minimalista. No digo yo que haya sido el primero en intentar tal cosa. Muchísimos otros lo han hecho mejor que yo, o lo harían muchísimo mejor si se pusieran a ello. Me vienen un montón de nombres propios a la cabeza, pero me abstendré de mencionarlos para no herir susceptibilidades. Quizás, si me puedo poner algún mérito, o si puedo aducir alguna coartada para meter mi propia cuchara en la olla bullante del negocio editorial, es precisamente el momento y el lugar en que llega, el aquí y el ahora. Y es que, me temo, los dos motivos personales que aduje para escribir este libro son fácilmente generalizables al conjunto de nuestras sociedades postcontemporáneas (recuerdo que estamos en el siglo XXI, y que la postmodernidad era una cosa del siglo pasado).

Por un lado, rodeados como vivimos de sabios, genios y profetas que a todo momento nos asaltan con el inusitado hallazgo de que las cosas «no son como pensábamos que eran» sino algo alucinante, inusitado y que solo unos pocos pueden comprender, el único interés que le cabe concitar al sentido común es el mismo que le despertaban a un erotómano consumado como Luis Buñuel los usos y costumbres del burgués común, es decir, el tipo de atracción que puede experimentar un depravado hacia un coito entre esposos en postura del misionero, con las luces apagadas y los niños jugando en la habitación de al lado. Porque pensar desde el sentido común, no ser un experto ni un sabio ni un intelectual ni desenterrar ocultas verdades que hacen sacudirse los fundamentos últimos del cosmos resulta, a día de hoy, una cosa exótica que la mayoría contemplará, espero, con curiosidad y algo de morbo.

Por otro lado, no es menos cierto que nuestra sociedad, como le pasa al autor de este libro, se va haciendo vieja. Eso significa que somos más listos que antes. Mucho más, seguro. El porcentaje de virtuosos, genios y *cracks* es, estoy convencido, más alto que nunca. Pioneros y profetas no faltan, y cada día el mercado de las ideas amanece con nuevos y relucientes productos, cada vez más sofisticados, cada vez más perfectos, cada vez más capaces. No hablo irónicamente. Es obvio que tomada en su conjunto la Humanidad sabe mucho más que antes, puede mucho más que antes, y es capaz de pensar mucho mejor que antes. Pero no nos engañemos: la humanidad en su conjunto. Tomados individualmente, cada uno de sus integrantes domina solo un ámbito muy reducido del corpus de conocimientos atribuible al colectivo, normalmente un ámbito muy especializado y específico, y tiene serios problemas para comprender o simplemente entrever de qué van el grueso de las otros ámbitos en los que son especialistas los otros. De ahí que cuando arribamos a los problemas globales que genera el conjunto de nuestras creencias, teorías y concepciones, cuando llegamos a los problemas de comprensión, a los problemas del tipo «¿y esto cómo se come?» o «¿por dónde hay que cogerlo?», de repente no hay especialistas, callan los sabios, faltan las teorías, y no nos queda más remedio que encarar el problema con nuestras manos desnudas, nuestras luces naturales, nuestra astucia personal o, lo que viene a ser lo mismo, nuestro sentido común.

Cómo leer este libro

He dividido el libro en dos partes. En la primera, que he llamado «Práctica», he reunido siete pequeños ensayos en los que exploro las posibilidades de esta manera de hacer filosofía para resolver problemas que pudiendo ser llamados con todo derecho filosóficos son también reconocibles como problemas corrientes de la gente corriente. La comprensión de los que son diferentes a nosotros, la responsabilidad moral sobre nuestros actos, la autenticidad de nuestro conocimiento, nuestras relaciones con los demás, o la fiabilidad de nuestra memoria son tratadas aquí en términos que mis colegas de profesión estarían legitimados en tildar de «vulgares», pero en los que no hurto ni un ápice de complejidad al asunto. En la segunda, que he llamado «Teoría» llevo a cabo una indagación filosófica en torno a la naturaleza, origen y validez del sentido común. Ocurre que, aunque se le menta mucho, muchísimo, no siempre se tiene claro qué es lo que se quiere decir cuando se dice que algo es de sentido común. Y ocurre que se tiende a caer en algunos equívocos sobre el mismo que en los últimos tiempos han terminando implantando entre intelectuales de distintas ramas (científicos, psicólogos, sociólogos y por supuesto filósofos) un injusto prejuicio sobre su validez. Así que se hacía necesario el somero examen de esta parte del libro, que es un poco más académica y por lo tanto un poco menos popular que la otra, para defender al sentido común de los injustos ataques a los que le someten los «sabios» y los nuevos expertos del siglo XXI y, de esta manera, mostrar cómo puede ayudar también a resolver grandes y específicos problemas.

Lo tradicional hubiera sido empezar el libro con la parte teórica y colocar a continuación la parte práctica. Pero, como se verá, una de las principales enseñanzas del sentido común es que, a la hora de la verdad, la práctica viene siempre antes de la teoría, por lo que me parecía más propio invertir el orden que se suele considerar lógico. En todo caso, no hay un orden predeterminado de lectura y el lector puede seguir su propio capricho a la hora de leer los capítulos que más le llaman la atención. Leer siguiendo la numeración no es mala idea. Otro buen plan de lectura sería empezar con uno o dos capítulos de la parte práctica, a continuación leer los dos primeros capítulos y el último de la parte teórica para saber mejor de qué va esto, volver sobre

los que más apetezcan de la primera parte, e ir alternándolos con los que restan de la segunda. En todo caso, debo advertir que, como pasa con todos los libros de filosofía (y pasa más con los mejores), a la hora de la verdad cualquier parte presupone todo el resto, y algunas cosas que en algún lado proclamo abruptamente son objeto de un examen demorado en otras. El lector, si he hecho bien las cosas, no solo encontrará un instructivo pasatiempo en el juego de ir reconociendo las ideas en sus distintos ropajes sino que, a medida que revisita cada una desde distintas perspectivas y descubre nuevas ligazones entre ellas irá, al mismo tiempo que avanza en la lectura del libro, comprendiendo mucho mejor lo ya leído.

Una última advertencia respecto al racimo de teorías y resultados procedentes de distintos ámbitos científicos y filosóficos a las que aludo en distintos lugares de la páginas que siguen. Como argumento en la segunda parte del libro, pensar desde el sentido común no está reñido con el uso de datos y conceptos «expertos», siempre y cuando el uso que se haga de ellos sea transparente para el lector (es decir, que el discurso sea accesible para el lego y se proporcione toda la información relevante). Por ello el lector no se debe alarmar si menciono asuntos sin entrar en profundidad en ellos o evitando detalles técnicos: el grueso de la argumentación descansa en las consideraciones de sentido común y el elemento teórico solo se usa como ilustración o un simple dato que se quiere tener en cuenta. Si le pica la curiosidad, incluyo en el libro referencias suficientes a los lugares donde puede expandir y/o contrastar la información que proporciono. Buen provecho.

Primera parte

Filosofía desde el sentido común (práctica)

1. ¿Quién toma mis decisiones?

(Salvo algunas leves modificaciones estilísticas, este escrito recoge una charla impartida a los internos del Centro Penitenciario Alicante II (Villena) el día 4 de noviembre de 2016. Mi agradecimiento para reclusos y funcionarios –y en especial al inmarcesible Breogán– por el magnífico trato y la inusitada atención prestada a este curioso orador).

> Cuando el origen de las acciones está en él, hacerlas o no hacerlas depende de él.
>
> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro III

Un acertijo

Comenzaré con un acertijo. Quizás sea un acertijo sin solución, o quizás sea un acertijo con muchas soluciones, y será una decisión de cada uno elegir la que le resulta más satisfactoria. Lo cual no deja de tener gracia porque, como se verá, es un acertijo sobre decisiones.

La cosa va así. Hay un restaurante donde sirven un menú del día y varios clientes hambrientos se encuentran eligiendo el plato principal (pongamos que de primero hay solo sopa) entre los dos que ofrece la carta: ternera o merluza. El primer cliente, al que llamaré Educadito, ha sido criado en un pequeño pueblo ganadero de la montaña lucense donde la dieta se basa fundamentalmente en la carne, por lo que, siguiendo la costumbre que le han inculcado sus padres y profesores, pide ternera. El segundo cliente, al que llamaré Genito, viene de una familia obrera de Barcelona, donde el pescado y las verduras son la base de la dieta, pero resulta que tiene una predisposición genética a comer carne (pongamos que tiene el gen «cometernera», que a buen seguro acabará localizándose en el mapa genético humano tarde o temprano), así que acaba pidiendo también ternera. La tercera persona, Azarito,

no tiene ninguna predisposición física (genética) o adquirida (cultural) hacia la ternera, pero tampoco hacia la merluza. De hecho, anda distraído con algunos problemas personales que no vienen ahora al caso y acaba haciendo su pedido al azar, por puro capricho (si se quiere hasta podemos imaginar que lanza una moneda al aire, aunque eso le llevaría más tiempo que simplemente decir el primero que le viene a la cabeza), y resulta que es, también, ternera. Por fin aparece una cuarta persona, a la que llamaré Nadie. Pueden imaginar que Nadie tiene o no el gen cometernera, que ha sido educado en Lugo o en Barcelona o, incluso, que también está ofuscado con sus problemas personales. Da igual porque resulta que, con tanta demanda, se ha agotado la ternera y Nadie tiene que comer la merluza, le guste o no.

Y ahora la pregunta es: ¿de quién de ellos se puede decir que es más autónomo o, si se quiere, más libre? De otra manera, ¿de quién se puede decir que toma *sus* propias decisiones?

De Educadito no parece que se pueda decir tal cosa, pues él se limita a hacer lo que le han enseñado de pequeño (no parece que el deseo de ternera sea un deseo genuinamente suyo, pues ha sido puesto en él por sus padres y maestros). Tampoco deberíamos decirlo de Genito, ya que se limita a seguir los instintos que le han tocado en la ruleta genética y que, por supuesto, él no ha elegido. Con respecto a Azarito, como su propio nombre indica, su elección ha sido fruto del azar más que de ningún deseo, así que no podemos decir que ha comido ternera porque eso es lo que él quería comer. Así que, curiosamente, el que más autonomía ha demostrado (o, si se quiere, el que menos heteronomía ha demostrado) es precisamente el que no ha tomado la decisión, el que ha comido merluza. Al menos Nadie no ha sido «controlado» inconscientemente por su educación, ni se ha dejado llevar por su instinto como el buey por el yugo, ni tampoco ha dejado que el azar determinará su almuerzo. Comió lo único que podía comer, y por lo tanto no ha dado pruebas de que en sus decisiones es manipulado por agentes externos. Los demás, según mis razonamientos, sí.

Un bicho raro

Soy filósofo, y no me avergüenzo de ello (bueno, a veces un poco sí, pero es más bien vergüenza ajena cuando contemplo cómo miran por

encima del hombro a sus congéneres algunos colegas míos). Hoy en día el filósofo es una especie en extinción, que prácticamente nadie observa nunca en su hábitat natural (en tiempos lejanos el Ágora, las plazas y mercados públicos de la ciudad, actualmente pequeños cubículos mal iluminados en los suburbios de los campus universitarios), pero, no sé si afortunada o desafortunadamente, de momento tampoco se pueden contemplar encerrados en las jaulas del zoo. Así que les describiré muy rápidamente sus principales usos y costumbres.

Hay muchas cosas que los filósofos hacen y muchas cosas que los filósofos han sido. En el principio el filósofo era simplemente cualquiera que aspirara al conocimiento, cualquiera que quisiera saber, que quisiera entender cualquier aspecto o ámbito de la realidad. Allá en la Antigua Grecia, en Roma y en buena parte de la Edad Media el filósofo era el que quería explicar los fenómenos, averiguar sus leyes y descubrir sus causas. A medida que en la historia de Europa las distintas ciencias y disciplinas (Física, Biología, Sociología…) fueron desgajándose del tronco común de la Filosofía (un proceso lento: Newton sigue denominándose a sí mismo filósofo natural, algunas ciencias como la Psicología o la Lingüística prácticamente se emanciparon en el siglo XX y otras como las Ciencias Políticas o la Lógica como quien dice están en ello), la Filosofía se fue reduciendo y, si me dejan decirlo así, especializándose en la generalidad. Algo que puede sonar contradictorio, pero que tan solo quiere decir que el filósofo procura una comprensión global sobre aquellos fenómenos que por su transversalidad no parecen ser susceptibles de ser estudiados por ninguna ciencia específica: el conocimiento, la conciencia, la argumentación, la responsabilidad moral… Eso sí, hoy en día el sistema (más bien la red) de conocimientos humanos se ha vuelto tan sofisticada y tan intrincadamente compleja, que semeja un tanto arrogante (o imprudente) pretender una síntesis global, una comprensión que aúne y supere la de cada ciencia particular. Así que, aunque esa aspiración a la universalidad sigue vigente en algunas escuelas y ámbitos filosóficos, el filósofo ha vuelto (quizás sea más correcto decir, está volviendo) a hacer aquello en lo que el bueno de Sócrates era un especialista consumado y que convivía, allá en los inicios de la Filosofía y la civilización occidental, con aquella otra práctica de buscar los principios y causas de los fenómenos: hacer preguntas.

Hacer preguntas. A sí mismo y en voz baja primero, pero sobre todo en voz alta y a sus conciudadanos después, y precisamente las preguntas que nadie se hace porque hace tiempo que se han dado por respondidas. Y una vez que obtiene una respuesta, seguramente la respuesta estándar que hasta los niños conocen, es tarea del filósofo hacer ver que la cosa no acaba ahí, que la respuesta deja incógnitas por despejar y que a su vez plantea nuevas preguntas, que llevan a nuevas respuestas que suscitan más preguntas, más respuestas, más preguntas.

Todo esto no por ganas de incordiar, sino más bien porque el filósofo sospecha que las respuestas evidentes, la «opinión común», o las certezas que presuntamente nos regala o nos vende el experto, no son ni tan claras ni tan finales ni tan ciertas. Y al re-reformularlas, al insistir en ellas con el mismo apremio incordiante del niño preguntón (¿y por qué, por qué, por qué, por qué?) salen de improviso a la luz confusiones latentes, sobreentendidos poco justificados y ya de paso, se abren muchas respuestas alternativas a las oficiales, respuestas que en su momento se habían descartado quizás apresuradamente y que merece la pena explorar algo más. La idea, en suma, es que hurgando en los cajones donde almacenamos nuestras viejas opiniones podemos encontrar ideas inesperadas que no son, desde luego, nueva información (como mucho es información «olvidada») pero sí pistas valiosas para ayudarnos a obtener una mejor comprensión del asunto y, ya de paso, cobrar conciencia de qué es lo que de verdad sabemos y qué lo que no sabemos tan bien.

Y eso es lo que voy a hacer ahora. Hurgar un poquito en nuestras respuestas oficiales acerca de un pequeño y engorroso asunto que nos afecta a todos. No esperen de mí que les dé LA RESPUESTA. No esperen de mí tan siquiera que les dé una respuesta, pues no es mi intención ahorrarles el trabajo de buscarla por sí mismos. Mi único trabajo es preguntar, y la pregunta que me haré, que les haré, es:

¿Cómo toman las decisiones las personas?

Es decir, en base a qué, de qué depende que algunos hayan elegido una cosa en vez de otra. ¿Por qué unos piden carne, unos pescado, y otros optan por saltarse el almuerzo? ¿Cuál es el fundamento de la